

Abraham Yehoshua

Las condiciones de Netanyahu

Desde la guerra de los Seis Días, hace ya 42 años, ha habido un grupo reducido de personas en Israel, y no todas precisamente del bloque de la izquierda, que ha defendido la idea de la partición de la tierra en dos estados como solución necesaria para resolver el conflicto árabe-israelí. Esta idea, en cambio, fue rechazada tajantemente por la mayoría de los israelíes y de los palestinos. Y durante años los israelíes se decían ingenuamente: “¿Quiénes son los palestinos para merecer un Estado?”, y por su parte los palestinos pensaban: “Los judíos son en realidad una comunidad religiosa dispersa por el mundo, ¿por qué han de tener un Estado propio?”.

Mucho tiempo tuvo que pasar para que la idea de la partición en dos estados, la única solución realista, ética y políticamente sensata, empezase a calar en los distintos sectores políticos tanto israelíes como palestinos. Es cierto que un reconocimiento verbal sin más no iba a crear un Estado palestino y que a menudo se producían hechos sobre el terreno que no hacían sino complicar aún más las cosas, pero en el lenguaje de la calle ya era cada vez más normal, tanto entre palestinos como israelíes, que se hablase de “la visión de dos estados”, y los que defendían esa visión conseguían apoyo y prestigio en el ámbito internacional.

Tras Peres, Rabin y Baraq en el Partido Laborista, se oyeron las primeras voces a favor dentro del Likud: Tzipi Livni, Olmert y Sharon, y ahora desde el mismo corazón de la derecha surge la voz de Netanyahu. Desde luego, más vale tarde que nunca. Todos sabemos que habrá muchas piedras en el camino, y entre las condiciones previas que fijó Netanyahu en su discurso en la Universidad de Bar Ilán para establecer un Estado palestino, hay algunas que son absolutamente necesarias, pero otras están de más y lo que hacen es complicar aún más la situación.

La condición de que el futuro estado pa-

lestino tenga que estar desmilitarizado de armamento pesado es una exigencia obligatoria y justificada. Cualquiera que mire el mapa de Oriente Medio lo comprendería. También Egipto tuvo que acatar esa misma condición y desmilitarizar la península del Sinaí, y esa es una de las razones de que la paz entre ambos estados haya sido estable. Además, esta exigencia no es ninguna novedad; países como Alemania, Japón o Austria llevan décadas con restricciones sobre la cantidad de armamento que pueden poseer.



AVALLONE

También la condición de impedir que los refugiados palestinos, ya sean procedentes de la Diáspora como de Cisjordania o Gaza, puedan regresar a territorios que actualmente están dentro de las fronteras de Israel es una condición razonable, lógica y justa. Pues ¿qué sentido tiene que vuelvan millones de refugiados palestinos a un país totalmente extraño para ellos en cuanto a los símbolos, la mentalidad y el carácter nacional de la mayoría de sus habitantes? ¿Para qué volver a unas casas que de hecho ya no existen? Además, estos refugiados pueden regresar a su patria, a Palestina, y estar así entre sus compatriotas, en un lugar con bandera palestina, bajo soberanía palestina, y a tan sólo 30 o 35 km de las casas y las tierras

que abandonaron o de las que fueron expulsados hace más de 60 años.

Sin embargo, la condición que estableció Netanyahu por la que los palestinos debían reconocer la existencia de la nación judía y el derecho del pueblo judío a tener su Estado es totalmente innecesaria. Está de más el pedir a los palestinos que reconozcan algo así a un pueblo con una historia milenaria y cuyo Estado mantiene relaciones diplomáticas con más de ciento cincuenta países. Además, ni a Egipto ni a Jordania se les exigió algo parecido. Bastaría con que en el futuro acuerdo de paz se reconociese la legitimidad del estado de Israel, del mismo modo que nosotros reconoceríamos no al pueblo palestino sino a un estado palestino soberano con las fronteras del 67.

La cuestión de la identidad nacional judía resulta compleja incluso para los propios judíos y no está nada clara desde un punto de vista demográfico; también el hecho de que muchos judíos se consideren judíos sólo por el lado religioso, pero no como parte de una nación, hace aún más difícil la definición de pueblo judío.

Los palestinos se niegan a cumplir la exigencia de Netanyahu argumentando que con ello podrían complicar la situación de la minoría palestina en Israel, y ese ya es un buen motivo para descartar esa condición. Las relaciones entre la mayoría judía y la minoría palestina dentro de Israel son un asunto muy deli-

cado que sólo nos atañe a nosotros y en el que no se debe inmiscuir a los palestinos no israelíes. Por más de 60 años, judíos y palestinos israelíes hemos convivido de modo relativamente digno en medio del infierno del terrorismo y la ocupación que nos rodeaba; y cuando llegue la paz esperamos que esa convivencia sea mejor ahondando en una ciudadanía común.

En las negociaciones para establecer un Estado palestino nos toparemos con muchos obstáculos; así que concentrémonos en lo importante: la desmilitarización, los asentamientos, las fronteras y los refugiados, y dejemos para más adelante cuestiones de tipo teológico e histórico.●

Traducción: Sonia de Pedro

Pilar Rahola



España, España, y más España

Leo en digital que la mayoría de vascos no están encantados con el pacto de Gobierno de Ajuria Enea. Y no creo que sea exclusivamente por una cuestión de nostalgia de la vieja escuela. Muchos vascos, incluso nacionalistas, consideraron útil un cambio de aires, no en vano tantas décadas de poder de un mismo partido pueden producir, como los sueños de la razón de Goya, algunos monstruos.

Pero sin duda hay una gran diferencia entre imaginar fórmulas nuevas de gobierno, y ser gobernados por un pacto antinatura, cuya única finalidad es españolizar simbólica, política y culturalmente al País Vasco.

Por mucha propaganda que nos transmitan desde la práctica totalidad de los medios de comunicación españoles –hasta el punto de que algunos reportajes sobre Patxi López han rayado la pornografía, de tan pelotas y hagiográficos–, lo cierto es que el pacto PP-PSOE no tiene explicación en términos políticos. Sólo la tiene en términos de nacionalismo clásico, versión algo arregladita del “antes roja, que rota”.

Dos partidos enfrentados, hasta el

Se arrancan la piel y los ojos, dos miradas antagónicas del mundo, pero en el País Vasco son amigos

punto de que uno de ellos, el PSOE, ha llegado a hacer campañas electorales basadas en el miedo –¡uhhh, que viene el lobo pepero!–, y ha vendido peligro democrático, concepto más propio de democracias inmaduras que de países avanzados. Se arrancan, pues, la piel y los ojos, conforman dos miradas antagónicas del mundo, pero cuando aterrizan en el País Vasco son amigos y residentes en la misma ideología. Es decir, practican el insano frontismo español, ante el peligro vasco. Lo cual nos dice dos cosas, y malas: que lo de las autonomías no ha penetrado en el ADN de los grandes partidos españoles, cuya patrimonialización de España como concepto unilateral es alarmante; y que contra las periferias díscolas, son hijos del mismo Mío Cid.

Si había dudas, a las pruebas de las primeras decisiones me remito. Como si fuera una venganza de décadas, como si estuvieran esperando su momento, agazapados en la sombra, listos para hincar el diente, las primeras decisiones del flamante lehendakari no han tenido nada que ver con la ideología de izquierdas, que, según dice su carnet, representa. Han tenido que ver con un ideólogo nacionalista, obsesionado por los símbolos, chico aplicado que devuelve a los malos vascos su condición hispana. Y así, ha tomado la alta decisión de bajar a un pequeño mapa del tiempo, y reducir sus fronteras simbólicas, no fuera caso que cayeran huracanes sobre la España imperial. Y, por supuesto, ha asegurado que meterá mano en el estudio del vasco en las escuelas, y se ha apresurado a colocar la bandera española. Luego se hincharán a discursos contra el nacionalismo, y apelarán a la modernidad, y nos venderán convivencia. Y, en realidad, sólo son la versión posmoderna del nacionalista español pata negra de siempre.●

Cristina Sánchez Miret

Clic

En los últimos días de este curso escolar que ya ha terminado, las madres –y los padres– hemos ido al colegio a hablar con el profesor para hacer balance de la evolución de nuestros hijos en el presente curso y para conocer su posicionamiento –el del alumno– ante los retos del próximo curso, que parece que está muy lejano pero que, al menos en mi casa, siempre nos atrapa llegando antes de lo previsto.

Nuestra reunión “fue bien” y por tanto no le dimos más vueltas de las necesarias. Pasados ya unos días no podría reproducir exactamente lo que allí se dijo, pero hay algo que contó el profesor de mi hijo sobre los niños de hoy en día que no he olvidado; no tanto porque me sorprendie-

ra más allá del primer momento, sino porque no había caído en ello y le sigo dando vueltas todavía.

A los niños de hoy en día no sólo les cuesta mantener la atención en el aula, también en el patio. Evidentemente no es el caso de todos –ni en el aula ni fuera de ella–, pero a nivel general –y lo contaba un profesor con años de experiencia–, lo cierto es que cada vez es más difícil que jueguen a algo que hay que elaborar o preparar o que requiera tiempo de reflexión o de escucha. Necesitan inmediatez.

De hecho no habríamos de extrañarnos, los hemos acostumbrado a ella. Viven inmersos en ella desde que nacen y cada generación nueva se aleja más del proceso y se acerca más al resultado. Con un clic de un botón se hacen cosas que antes requerían de un importante proceso

de elaboración que ni se observa ni se conoce ni se entiende. Con el gesto de una mano tenemos agua caliente por la que no esperamos. Si tenemos hambre, cada vez más, las más de las veces compramos algo elaborado estemos donde estemos, y como mucho hacemos cola o nos demoramos el tiempo de abrir un paquete.

No buscan en la enciclopedia o en el diccionario, ponen en Google lo que necesitan y les aparece en pantalla, lo imprimen y lo ponen en la cartera. Todos saben lo que es una calculadora –estaban en casa antes de que ellos aparecieran– y por lo tanto –lo digan o no, porque eso depende del tipo de criatura– no acaban de entender que tengan que hacer tantas sumas, restas, multiplicaciones y divisiones si hay una máquina que las hace más rápido y con menor probabilidad de error.●